

## **Etnografía y participación: experiencias de antropólogas en coordinación de grupos con sectores estigmatizados. Los *locos* y los *presos* nos comparten sus perspectivas.**

Eliana Depino, FFyL UBA/IDES. E-mail: [elianadepino@gmail.com](mailto:elianadepino@gmail.com)

Natalia Ojeda, FFyL UBA. E-mail: [natalyaojeda@gmail.com](mailto:natalyaojeda@gmail.com)

### **Introducción**

Este trabajo incluye las experiencias que hemos tenido cada una de nosotras, en un espacio distinto, cuyo punto de encuentro se halla en el tipo de población con la cual realizamos la experiencia de investigación. Aunque un abanico de diferencias se despliegan entre un grupo y otro, consideramos que ciertas características comunes, especialmente el ser consideradas ambas poblaciones estigmatizadas en nuestra sociedad, nos permiten avanzar en una reflexión metodológica con varios puntos de encuentro.

En cuanto a lo metodológico, el trabajo de campo en la Colonia penitenciaria estuvo organizado principalmente con la realización de entrevistas abiertas, en cambio en el Centro de Día fue principalmente la observación participante que organizó la construcción y recopilación de datos para el análisis. Sin embargo, en ambos casos encontramos que la realización de grupos de trabajo abría espacios de discusión y reflexión que enriquecían la investigación.

En el caso del Centro de Día, las características del tratamiento ambulatorio de patologías psiquiátricas desde una perspectiva principalmente psicoanalítica sobre la psiquiátrica me permitieron reflexionar sobre cuestiones que van más allá del abandono, la *medicalización*, la *estigmatización*, el maltrato o la *institucionalización* propias de las discusiones habituales en torno a los centros de salud mental. Las características de la Institución en la que realizo el trabajo de campo y el hecho de que se trate de un tratamiento ambulatorio me permite superar esta discusión y dar cuenta de las experiencias de *pacientes* y profesionales ante otro tipo de situaciones. El análisis etnográfico me permitió acceder a ciertas especificidades que se dejan traslucir en el día a día. *La cotidianeidad es el resultado de una articulación específica entre las actividades y las nociones, entre lo formal y lo informal, lo no documentado y lo intersticial, las contradicciones entre lo que se hace y lo que se dice que se hace; es una composición que deja traslucir ritmos, pausas y sonoridades, simultánea y sucesivamente* (Guber, 2005: 193). Ante todo, la coordinación de un taller en la última etapa de mi trabajo de campo me permitió acceder a la confirmación, por parte de los

actores de los análisis realizados en el desarrollo de la investigación. En otras ocasiones sirvió de impulso para la reformulación y replaneamiento de algunos puntos tratados. Acceder a las experiencias, en cuanto se constituyen por la historia, el contexto, la percepción individual, sumada al espacio social ocupado por los individuos es posible a través de los vínculos establecidos con los actores y el uso de diversos recursos en grupos de trabajo que guíen y motiven el intercambio de perspectivas.

En cuanto al trabajo realizado en la Colonia Penal, el principal inconveniente a resolver para poder diseñar una estrategia que permita una accesibilidad al campo, es el género del investigador, es decir, “una mujer en campo predominantemente masculino”. Este “inconveniente” pudo ser sorteado gracias a la técnica de entrevistas abiertas y en profundidad con los detenidos y la posibilidad de realizar “grupos focales” con ellos, que permitieron conocer el detrás de escena de la institución carcelaria.

### **Perspectiva de presos**

Al iniciar el trabajo de campo y tras conocer y acordar mis pasos a seguir con el Director y la Secretaria de la Unidad, decidí comenzar por la Sección Judicial con el objetivo de interiorizarme de la cantidad y los detalles de la población penal que aloja este Instituto semi-abierto. Antes de plantearle al Director de la Unidad la necesidad de comenzar mi trabajo de campo por la Sección Judicial, él me propuso iniciarlo en la Sección Asistencia Social. Su intención era que pudiera conocer a los internos a través de las entrevistas que realizaban las trabajadoras/ asistentes sociales. Pero me pareció conveniente antes de conocer en persona a los internos acercarme a través de sus prontuarios, que contienen información relacionada con su historia legal; también contiene informes sociales, criminológicos, psicológicos, etc. En el prontuario de los detenidos pude encontrar testimonios de sentencia por los delitos cometidos, cantidad de condenas, calificaciones, sanciones y avances o retrocesos en el sistema progresivo. Toda esta información fue valiosa para determinar quiénes serían los internos a entrevistar.

Me llevó algunos días realizar el relevamiento de información. Los integrantes de la Sección Judicial colaboraron conmigo brindándome la información necesaria para poder conocer la población penal a través de sus prontuarios, además de enseñarme la manera más rápida para identificar los datos que necesitaba, ya que contiene mucha información, no toda relevante a los fines que perseguía.

Como se señaló, he trabajado con internos cuyo motivo de detención es el delito de robo, así es que tras haber hecho una evaluación general y cuantitativa de la población penal, la Sección Judicial me otorgó una lista depurada de internos en la que sólo constaban este tipo de delitos y fueron sus prontuarios los que revisé. Cabe destacar que Daniel, faginerero de la sección, colaboró conmigo en el trabajo de sacar y volver a su lugar los prontuarios utilizados. Los agentes de la sección tuvieron buena respuesta ante mi presencia.

A continuación me dirigí a conocer la División Trabajo y al cabo de unos días pude recorrer la totalidad de los talleres internos y externos, como así también el anexo de alojamiento de internos llamado “La Amanda”.

Al finalizar la recorrida por la Unidad, me puse en contacto con el Servicio Social de acuerdo a la propuesta inicial del Director. Se compone por tres trabajadoras sociales, dos asistentes sociales, una jefa y una administrativa.

En un principio presencié entrevistas por audiencias y fondos de reserva, ya que Asistencia Social determina el grado de necesidad económica de cada uno de los internos que solicitan dinero producto de su trabajo. Las entrevistas se realizan por la mañana en la misma oficina y el personal de requisa es quien lleva a los internos.

En líneas generales, los días en el Servicio Social me sirvieron para escuchar entrevistas, pero las asistentes / trabajadoras sociales se encontraban abocadas a la tarea de confección de informes sociales: libertades, salidas transitorias, historias criminológicas, etc.

Una de las tardes, mientras las asistentes tipeaban informes, conocí la Sección Educación. Allí fui recibida por una maestra, llamada Julia y el faginerero de la sección. Julia me mostró las prolijas cuatro aulas con las que cuenta la sección, la biblioteca y la pequeña sala de computación. Aquí también conocí al Jefe de Educación, el Sr. Granados. Con él pudimos hablar sobre las dimensiones de la Unidad y me contó que si bien es grande, tienen proyectos de ampliarla. Ésta es una preocupación del personal, ya que agrandarían la Unidad para alojar más procesados. Este posible hecho los hace dudar de la “calidad y cualidad” de ser una colonia. Granados plantea que las Unidades grandes (Institutos carcelarios cerrados o de máxima seguridad) mandan “gente que no es para colonia”. Sin embargo le atribuye a la Unidad una tranquilidad que se asemeja a la provincia “... lo que pasa acá adentro es un reflejo de la provincia...”. Los internos sabrían sin que nadie les diga cómo lo que deberían hacer al llegar, se acercan a la sección y solicitan estudiar “ellos vienen acá, saben que tienen que venir para poder calificar. Saben que tienen que portarse bien”.

*El grupo*

Granados abrió otra puerta a mi trabajo de campo. La idea antes de llegar a la Provincia era integrarme a algún grupo o taller de tratamiento o reflexión que estuviese funcionando, la sorpresa fue que al momento de mi llegada no había nada en marcha. El Servicio Social había terminado de dictar el taller “Intervención en VIH – SIDA”. La Sección Educación se encontraba en receso escolar y hasta reanudar las clases en el mes de marzo no contaban con los talleres que habitualmente se dictan allí: alfabetización, carpintería, electricidad, computación, artesanía, etc. Por este motivo, Granados consideró interesante que pudiera reunirme con un grupo de internos para que me cuenten su experiencia en la Unidad. Así fue que a las dos semanas de mi llegada al campo comencé a reunirme semanalmente con un grupo de alrededor de 5 internos en una de las aulas de la Sección Educación.

### *Logros y obstáculos*

Como mencioné, la Sección Educación es la única que ocupa su espacio físico dentro del lugar de alojamiento de internos. La posibilidad de poder llegar una vez por semana allí fue la única manera de ingresar “adentro” y conocer, aunque más no sea la fachada del ingreso a los pabellones, y el lugar de trabajo de los celadores, ya que hay que pasar a través de todos ellos para poder llegar a “Educación”. Esto se considera un logro dentro del gran obstáculo que la institución carcelaria pone a toda mujer que trabaja en un establecimiento de hombres, por razones de seguridad. En este caso, el cuidado era doble ya que mi presencia como persona ajena al establecimiento y mujer los cargaba de responsabilidades. Los representantes de esta Unidad sentían que deberían responder ante la posibilidad de algún incidente que pudiera sufrir durante mi trabajo de campo. Por este motivo, el Jefe de Seguridad Interna decidió que podría realizar entrevistas individuales con internos en la sala de abogados, que es parte de Jefatura de Turno y está a la vista de los muchos agentes “varones”, en su mayoría celadores, que van y vienen por este espacio.

Por esta razón, se tornó difícil poder desarrollar la técnica de observación participante en el trabajo con internos, que está basado principalmente en entrevistas abiertas y en profundidad. Las entrevistas tuvieron un buen resultado; estaban abiertos a dialogar conmigo y colaborar con la investigación. Esto no significa que no intervino el “factor desconfianza” pero esto no fue determinante en la situación de entrevista, y al conocernos mutuamente se fue disipando.

Con el personal, la dinámica fue opuesta; intenté realizar algunas entrevistas pero esa situación no favoreció el intercambio. El entrevistado tal vez temía de lo que pudiera decir y el diálogo no fluía, sólo se limitaban a responder las preguntas que pudiera hacerles. Aquí la técnica de observación – participante dio sus frutos, fue más productivo escuchar sus

conversaciones durante los almuerzos en la cocina de jefatura de turno o en las rondas de mate que podían darse durante las tardes. Muchas veces, me incluyeron en estas actividades y en ellas se generaba un ambiente natural de diálogo que me permitía ahondar en su mundo cotidiano, su trabajo, sus problemas, su relación entre pares o su relación con los internos.

En términos de obstáculos no puedo dejar de mencionar que las dimensiones espaciales de la Unidad no favorecieron mi inclusión en determinados sitios donde hubiese sido fundamental mi presencia; poder estar allí, de acuerdo a los objetivos de este trabajo. Me refiero a los talleres laborales externos de la Unidad; pude conocerlos pero su lejanía del predio penal y de las oficinas centrales, hicieron imposible que pudiese volver. El traslado siempre fue en automóvil y no es posible hacerlo sin un hombre que acompañe el viaje. Con el anexo “La Amanda” sucedió lo mismo.

Se hacen evidentes las complicaciones que una mujer tiene al hacer trabajo de campo en una cárcel de hombres; esta no ha sido tarea fácil. El extenso territorio que ocupa la Unidad y que dificultó mi libertad de movimiento, sumado a mi condición de género y la necesidad de estar acompañada por “personal masculino”, que por lo cierto no siempre estaba disponible para realizar esta tarea, sea porque no era esta su función o porque debía hacer “su trabajo”, son algunas de las más relevantes dificultades que presentó el campo.

Pese a ello, mi condición de género para la realización de esta investigación no puede ser leída en exclusivos términos de obstáculos. Siguiendo el planteo de la antropóloga Verónica Moreira en su artículo “Una mujer en campo masculino y la identificación de género en el proceso de producción del conocimiento antropológico”, donde trabaja su experiencia como mujer haciendo una investigación en una hinchada de fútbol (campo masculino en esencia), concluye que si bien el género del investigador incide y repercute en el campo, de ninguna manera determina el “no” acceso de una mujer a un ámbito masculino. Por el contrario, la autora muestra cómo la feminidad puede ser capitalizada de tal modo que pueda adecuarse a los objetivos de la investigación (Moreira 2005).

*Múltiples roles: Antropóloga, coordinadora y visita...*

Mi llegada al campo afectó a los diversos actores del escenario intramuros de diferentes maneras. Por un lado, el personal aceptó mi presencia y en líneas generales admitieron mi manera de trabajar y los pedidos que iba realizando: conocer una determinada área, entrevistar internos y agentes, ocupar espacios para trabajar; esto siempre y cuando se respetaran las medidas de seguridad acordadas. Muchos quisieron conocer cuál era la relación entre la antropología y la cárcel, otros entendían que era una estudiante de la facultad que venía de Buenos Aires a interiorizarme sobre la vida de “los presos”. Pero la percepción

general del personal fue como antropóloga o estudiante de una carrera social. Esto se hizo notar una tarde que solicité al encargado, que se encontraba en jefatura de turno, un interno para entrevistar. Hay dos maneras de llamar a los internos para que puedan acercarse al chapón: llamando al interno por el teléfono que se encuentra en la mesa del celador del pabellón a donde pertenece el detenido solicitado o gritando a través del chapón el apellido de la persona y el motivo por el que debería acercarse. Esta segunda forma es bastante recurrente y esa tarde fue la elegida, el encargado o chaponero gritó por el agujero del chapón “Feeernaánndeeezz antroooooooolooogo...”.

Asimismo una vez por semana, cuando debía ingresar a Educación para encontrarme con el grupo de internos que había “preparado” el jefe de la sección me convertía en una improvisada coordinadora de grupo. En el momento intenté diseñar una estrategia que me permitiera sostener las reuniones de manera ordenada y coherente con los objetivos del trabajo.

La idea inicial de hacer observación participante en un taller en funcionamiento no pudo ser por el hecho de que no había ninguno funcionando en ese momento. Ante esta falta, Granados me ayudó a montar un nuevo taller. Esta invención espontánea hizo que se creara un nuevo espacio dentro de la Unidad a mí alrededor. En las reuniones, luego de la presentación de los integrantes, cada semana se iba trabajando con tópicos diferentes sobre los cuales pudimos discutir: el trabajo dentro de la Unidad, relaciones entre pares, relaciones con el personal penitenciario, el significado de la libertad, el significado de la cárcel, etc. Esta actividad le otorgó un plus a la observación participante, ya que no sólo hacía esta tarea sino que coordinaba este grupo de debate y discusión de temas que afectan a los detenidos.

Para los internos, la percepción fue bastante diferente; en un principio desconfiaban de que viniera de algún organismo “extraño”, rondaba en ellos la fantasía de que fuese de algún servicio de inteligencia o que viniera “...de parte de gente que estudia a los presos para después hacer lo que hace Blumberg...”. Esta fantasía fue de corta duración ya que en el transcurso de la primera entrevista se fue diluyendo. Ellos realizaron toda clase de preguntas para despejar sus dudas sobre los motivos de mi presencia allí: quién era, de dónde venía y sobre todo quién había dado permiso para que pudiera ingresar allí; en principio preguntaban si había sido el Director de la Unidad y cuando les decía que la autorización la había dado el Director Nacional, muchos se tranquilizaban al conocer su condición de civil como conductor de esta fuerza de seguridad, él no era penitenciario y si él me había autorizado, me hacía más confiable.

Las entrevistas se repetían a lo largo de la semana y durante mi estadía allí; trabajé con un grupo estable de 18 internos. En estas entrevistas se habló sobre sus experiencias en unidades de máxima seguridad, su actual experiencia en una colonia, los motivos de sus reincidencias, sus relaciones con el resto de internos, con celadores y “maestros”, los modos de las requisas, las condiciones materiales de detención: comida, instalaciones del pabellón, etc. Pero no sólo estos fueron los temas que insumieron las largas charlas con los internos sino que ellos pudieron hablar de sus infancias, sus familias y las preocupaciones que les generan sus ausencias en el hogar, como padres, esposos o hijos. Sus miedos a la libertad y a la sociedad.

Sus preocupaciones judiciales fueron otro tema recurrente en los encuentros, sus inquietudes de por qué no llegaban salidas transitorias ya tramitadas en la Unidad, pedidos de libertades por resolver, fondos de reserva que aun no podían cobrar, etc. Así fue que con el correr de los días las relaciones se afianzaban más y se volvían cada vez más personales, de modo tal que cuando llegaban a la entrevista lo primero que podía preguntarles era sobre si habían podido o no hablar con su familia o si habían podido resolver sus asuntos judiciales. Esta confianza que se fue generando hizo que muchos de ellos cataloguen a las entrevistas como “tiempo de visita”. El valor sagrado que reviste a la persona visitante es acompañado por un tiempo sagrado, que es el tiempo de la visita. Aquí me ubicaron y al tiempo que duraba la “visita- entrevista”.

En todo momento, he aclarado cuáles eran mis intenciones allí, pero los detenidos insistían en que yo era “visita”, con el sentido que este hecho tiene en una penitenciaría de hombres: regularmente visitada por mujeres, madres, esposas, concubinas, hijas, amigas, novias. De nuevo mi condición de género incidiendo en la mirada de los otros.

Así es que he asumido múltiples roles durante mi estadía en el campo, antropóloga y/o estudiante, trabajadora social, para parte del personal; coordinadora de un grupo para mí misma y para algunos internos en los momentos de reunión y como visita en las entrevistas individuales con cada uno de ellos.

### **Perspectiva de locos**

Busco realizar una *descripción sistemática de aquellos aspectos de la experiencia de campo que quedan fuera de una definición convencional del método, pero que resultan cruciales para la investigación y sus resultados* (Berreman, 1962: 3) y de los principales conceptos y perspectivas que guiaron mi análisis. Haber estado dentro de la Institución,

realizando un estudio etnográfico, no es razón suficiente para alcanzar determinados resultados, más bien debe atenderse a una determinada forma de *estar allí*.

### *De la platea al escenario*

Los comienzos de mis observaciones participantes en las actividades del Centro de Día fueron principalmente un cambio de rol, siguiendo a Hall comencé a representar *un número de personalidades situacionales aprendidas* (1997: 141). Hacía 7 años que trabajaba como secretaria en la Institución y el contacto diario con la problemática de la enfermedad mental y su tratamiento me había llevado a interesarme en el tema desde una mirada antropológica. Sin embargo, no había tenido experiencias de observación hasta el momento de planificar este trabajo.

Las características particulares de esta Institución, “Institución” en términos de *tan solo una convención* (Douglas, 1986: 74) una *agrupación social legitimada* (Douglas, 1986: 75), y la población que en ella recibe *tratamiento*, me llevaron a considerarlo el mejor campo para indagar en las cuestiones que me preocupaban: comprender que implica ser un “*paciente*” y que relaciones establecen estas personas con el ámbito de un *tratamiento ambulatorio*.

La primer dificultad con la que me encontré fue la de explicitar mi presencia en un lugar donde ya me encontraba. El ser parte de la Institución me hizo más difícil explicitar mis intereses y evitar que me identifiquen con la dirección más que con un par. Explicitando mi desconocimiento sobre ciertas decisiones y recordando constantemente mi interés antropológico en la Institución logre distanciarme del bloque directivo. Mis interacciones con los directivos fueron más acotadas y luego de mostrar mi interés analítico y no denunciante frente al personal fui logrando acceder paulatinamente a la región posterior, aunque siempre con ciertas limitaciones. *Las impresiones que tanto el etnógrafo como los sujetos buscan proyectarse entre sí son aquellas sentidas como favorables al cumplimiento de sus respectivos fines: el etnógrafo trata de acceder a la información de la región posterior; los sujetos buscan proteger sus secretos, dado que estos representan una amenaza a la imagen pública que desean mantener* (Berreman, 1962: 15)

La segunda dificultad estaba representada por lo que todo antropólogo en el campo reconoce como su propia labor, lograr cuestionar el conocimiento previo sobre la Institución y las prácticas a su interior, el carácter reflexivo de la investigación. En este caso, no solo debía reconocer la incidencia de mi presencia entre los actores, sino en la deconstrucción de mis percepciones previas a la investigación *el hecho de que hacemos parte del mundo que estamos estudiando, y que no hay cómo escapar a la inevitabilidad de confiar en el*



*conocimiento del sentido común* (Hammersley y Atkinson, 1994: 40) Para vencer esta inclinación a analizar los acontecimientos registrados desde interpretaciones del sentido común, Bourdieu propone introducir la *duda radical* en la construcción del objeto científico. Dudar tanto de las interpretaciones académicas como de las de los actores sociales. Así, en estos cuestionamientos se perfilan caminos alternativos de interpretación que pueden llevar a una comprensión crítica de las experiencias (Bourdieu, 1995)

Las primeras aproximaciones fueron cara a cara, individualmente con algunos terapeutas hasta que encontré la forma de presentarme a los grupos de una manera “más formal”. En una primera instancia, me integré al grupo más pequeño, compuesto por pacientes jóvenes con graves dificultades de comportamiento. El encuentro de ese grupo consistía en realizar actividades cognitivas básicas: ordenaban una biblioteca, se dictaban los títulos de los libros, los pasaban a la computadora. Esta realidad, en una primera instancia, me desconcertó, ya que no era lo que esperaba encontrar ni representaba el interés que me había motivado a elegir el tema. Pronto comprendí que intentaba analizar lo que ocurría con los pacientes más “*compensados*”<sup>i</sup> que seguían concurriendo diariamente al *tratamiento* en el Centro de Día, *ya que solo en la medida en que se interna en su dinámica, y en que conoce discursos y prácticas el investigador puede detectar cuales son los grupos relevantes y significativos para una descripción* (Guber, 2005: 119)

Luego de pedir opiniones y consultar a distintas personas individualmente realicé una presentación con el grupo de pacientes con el que quería realizar observación participante y en la reunión de equipo a los terapeutas. En ambas ocasiones planteé que tenía que realizar el trabajo final de mi carrera de antropóloga y quería trabajar sobre el Centro de Día. Aclaré en esta instancia que no tenía delimitado el tema, que esperaba ir construyéndolo a partir de las observaciones.

El tener que presentar mi interés en el tema, mi necesidad de realizar observación participante con los pacientes y acompañarlos en diversas actividades me provocó una incomodidad que el mismo grupo me fue borrando. Mi malestar se fundaba en considerar que sacaba provecho, haciendo una investigación, a partir de su experiencia de sufrimiento. Sin embargo, lo que me encontré no fue sufrimiento, fueron relaciones: amigos, novios, compañeros, que principalmente compartían actividades, experiencias y ocasionalmente conflictos.

Ante todo, el grupo comenzó a sentir confianza en mí, me comenzó a incluir en el grupo, contándome para las actividades o buscando mi opinión sobre determinadas cuestiones. De esta manera fui olvidando mi incomodidad y disfrutando el tiempo compartido

con el grupo que iba transmitiéndome su experiencia. Esta aceptación es la que deriva en que *la gente tolere nuestra intrusión en sus vidas y nos considere personas con las que merece la pena hablar* (Geertz, 1994: 90) y así nuestro trabajo se torna posible.

A partir de esta delimitación del campo, comencé a realizar observación participante en las actividades de pacientes y coordinadores de la tarde, con este grupo A<sup>ii</sup>, de 14 pacientes. En una primer instancia, en las actividades de los días miércoles, jueves y viernes, con el objetivo de ampliar mis observaciones de acuerdo a lo que fuera creyendo necesario. Por otro lado, también realice el registro de conversaciones con los pacientes, directivos, profesionales y cocinera en distintos espacios y contextos. El intercambio constante de observaciones con pacientes y personal me fue permitiendo comprender la relación entre ciertos discursos y prácticas y delinear la investigación. Las prácticas observadas y las interacciones con los actores en el campo comenzaban a cagarse de significado en relación a las lecturas que realizaba sobre la temática, ya que *un dato empírico cualquiera solo puede funcionar como prueba en función de un cuerpo de hipótesis derivado de un conjunto de premisas teóricas* (Bourdieu, 1987: 167) y este cuerpo de hipótesis va delimitando la información relevante que surge en el campo y que voy registrando en mi cuaderno.

A partir de cierta continuidad en el trabajo de campo en estos ámbitos pude ir delineando los objetivos de la investigación y ampliando la observación a otras actividades y contextos como reunión de equipo, grupo terapéutico, salida recreativa.

No puedo sostener que mi presencia ahí comenzaba a parecerse cada vez más a la cotidianidad de mis informantes. En primer término porque yo los acompañaba en sus rutinas dentro del horario del Centro de Día y nunca en contextos externos a ella. Ya que, justamente, lo que me interesaba comprender eran los vínculos, relaciones, prácticas y nociones dentro de ese contexto institucional y en segundo lugar, porque los acompañaba durante media jornada.

Por otro lado, a pesar de que realizaba las actividades con los pacientes, mi rol como antropóloga quedaba claro y por más que el vínculo generaba más confianza a medida que transcurrían las semanas y me encontraban en las diversas actividades, la distancia por no “ser paciente” siempre estaba presente y me acercaba más a identificarme y ser identificada con los *terapeutas*. Un ejemplo cotidiano al respecto lo representan los momentos en que los pacientes hacían chistes “zarpados”, de sexo o drogas, y al recordar mi presencia entre ellos se callaban o se “codeaban”. O incluso, en ciertas ocasiones que me consultaban a mi sobre ciertos conflictos que los preocupaban o sobre la conveniencia o no de determinada práctica.

Por ejemplo, en cierta ocasión, un paciente me pedía opinión sobre la conveniencia de que realizara un taller literario.

En cuanto a los terapeutas, era yo la que debía constantemente recordar mi no pertenencia a la “tribu”, ya que espontáneamente los profesionales y los pacientes me identificaban con ese grupo. Incluso, en diversas oportunidades, me convocaban a realizar “*intervenciones*”<sup>iii</sup>, como convocar a un paciente a la actividad a pesar de su oposición. Sin embargo, en esas situaciones yo intentaba alejarme de esa identificación recordando mi incompetencia en esos asuntos y mi interés en indagar en sus propias interpretaciones como novedosas. Sin embargo, las circunstancias particulares durante mi observación, en particular los cambios suscitados desde el despido de un coordinador, llevaron a que en reiteradas oportunidades me solicitaran, “ya que me quedaba a observar”, hacerme cargo del grupo porque no había coordinador. En esas situaciones aclaraba tanto a los pacientes como a los profesionales que lo hacía porque me lo solicitaban, pero que no respondía al trabajo que yo estaba realizando en ese momento.

Paulatinamente, mi presencia cotidiana me fue permitiendo acceder a ciertos conflictos o rupturas dentro del orden habitual de los acontecimientos y mi participación en estas ocasiones no habituales me abrieron las puertas a circunstancias que quizás, de otra forma, no habrían estado a mi alcance. A una *cotidianeidad* (que) *conciérne no solo a los acontecimientos ordinarios sino a los extraordinarios. Estos también presentan su rutina y se insertan de modo pautado en los acontecimientos ordinarios* (Guber, 2005:192)

Sin embargo, en cuanto al grupo de pacientes, lo que no deja de llamarme la atención de mi presentación, es que las preguntas en torno a la disciplina antropológica las realizaran en forma disociada de ellos. Es decir, que no me preguntaban ni se cuestionaban porque un antropólogo estaría interesado en las prácticas que se realizan en el Centro de Día. Hay una disociación entre lo que digo que es la antropología y lo que ellos son. Al contarles lo que se estudia en la carrera, generalmente de forma amplia que permitiera comprender mi lugar entre ellos, les planteaba que es el “*estudio del hombre en sociedad, de grupos humanos en sus relaciones*”. En un primer momento insistían en preguntarme sobre la “*evolución*” o sobre “*pueblos originarios*” y mi temor era desconocer que relación podrían encontrar entre estos temas y mi trabajo entre ellos.

Aunque en cierta oportunidad, al presentarme por primera vez en el Grupo terapéutico<sup>iv</sup> y dar esta explicación sobre los objetivos de la Antropología, la discusión comenzó a encauzarse hacia algo más próximo a mis intereses. Uno de los integrantes del grupo dirigió su preocupación hacia su posible “*reinserción en la sociedad como ser humano*

*igual a los demás*”, es decir, si yo estaba diciendo que estudiaría “*el hombre en sociedad*” debía ser que consideraba que ellos formaban parte de ella. Pero al mismo tiempo, para ellos, eso representaba justamente un conflicto, no era tan evidente su participación en el mundo social. La discusión cada vez se tornaba más profunda, sus propias asociaciones los llevaron a continuar hablando de los presos y preguntarse si “*el preso cumple una función social*”. Mientras un integrante del grupo manifestaba su postura al respecto, la conversación dio un giro hacia su propia percepción del lugar del enfermo mental en la sociedad y el cuestionamiento sobre “*como revertir un concepto*” cuando son considerados *locos* y marginados de las relaciones sociales. En este momento reconocí que su comprensión sobre mi presencia entre ellos había sido interpretada ya que *en el campo también se negocia el sentido del investigador, de su labor inmediata y de su fin último* (Guber, 2005: 147)

Luego de transcurridos dos meses de observaciones en los talleres, le planteo al psicólogo que coordina el grupo terapéutico de los pacientes con los que estoy haciendo el trabajo de campo mi necesidad de acceder a ese espacio para tener un acercamiento a una instancia propiamente “*terapéutica*” dentro del *tratamiento*. En una primer instancia me aclara que es complicado que yo participe como observadora, ya que es un espacio en el que se habla de cuestiones personales, íntimas y participar como observadora resultaría muy invasivo, intrometido. Me plantea la similitud entre estar dentro del grupo terapéutico o estar dentro de una sesión de análisis. Sin embargo, luego me aclara que deberíamos pensar una forma a través de la cual yo justifique mi ingreso. Así es como me propone que tome notas textuales de las palabras de los integrantes del grupo y, minutos antes de terminar, lea mis anotaciones en voz alta buscando despertar en ellos nuevos pensamientos. Es así como comienzo a participar de estos encuentros que se realizan los días Lunes en la última hora de actividad. A lo largo de tres meses fui accediendo a reflexiones acerca del lugar que estos pacientes ocupan y reconocen en las diversas relaciones que mantienen, con sus familias, los terapeutas, compañeros, conocidos, extraños.

#### *Del escenario al detrás de escena*

A medida que transcurrían los meses de observación participantes, paulatinamente, me fui sintiendo más a gusto en el sector asistencial de la Institución que en el administrativo, hasta el punto de presentar una propuesta para realizar un taller de producción documental con el grupo de pacientes con el que estaba realizando el trabajo de campo.

Aunque en un principio la propuesta fue “*archivada*” y abandonada en el escritorio de los directivos la recuperé cuando se generó un espacio en el que podría desarrollarse. Durante mis observaciones, al poco tiempo de comenzar, despidieron a un asistente de la Institución

que organizaba diversos Talleres dentro de Centro de Día. Entre estos Talleres, tenía un espacio con el grupo A. Aunque en un comienzo ofrecieron el espacio a una estudiante de psicología, ya que ella no tenía ningún plan sobre que actividad realizar, yo recordé la propuesta que había entregado y les solicité a los directivos llevar adelante ese Taller junto con la estudiante. Así comenzó mi experiencia como coordinadora de un Taller que me condujo a una comprensión más acabada de las relaciones intrainstitucionales y las experiencias de pacientes y profesionales

Comencé a comprender que ser *terapeuta* es una cuestión de nombramiento, en el sentido en que por estar a cargo de un taller uno ya adquiere esa representación por parte de los pacientes y los profesionales, entender que se trata de una cuestión de confianza, confianza en la Institución y el saber que ella representa. No se registran cuestionamientos a los coordinadores ni a los directivos, están enmarcados en relaciones instituidas.

Este nuevo espacio ocupado dentro de la Institución me permitió trabajar con el grupo de pacientes ciertas inquietudes que me fueron surgiendo y que me ayudaron a interpretar los datos que había recabado en mi trabajo de campo. Me permitió realizar con el grupo una interpretación de tercer orden.

Por ejemplo, en una actividad, en la que diseñábamos un documental sobre el funcionamiento del Centro de Día ellos pusieron en palabras cuestiones que yo venía interpretando de mis observaciones participantes. En este caso, la multiplicidad de perspectivas entre ellos: cuando algunos lo entendían como un espacio “*para estar en actividad, que uno no se aburra y cambiar las consecuencias de la enfermedad, mantenernos ocupados, olvidarte los problemas, evadir, curarnos*” otros lo viven como “*un trabajo, una actividad para sacarte adelante*” incluso plantearon la diferencia entre considerarlo como un “*trabajo terapéutico*” en el que “*el producto del CPI es nosotros mejor*” y un “*trabajo productivo*”, cuando el producto es un nuevo número de la revista barrial que escriben. Otro propuso que busca en este espacio tener “*la capacidad para llevarte bien con los demás. Integrarte a la comunidad*” o hasta “*para ser más civilizado en mi casa*”. Esta actividad, en la que los debates se generaban en torno a propuestas que yo presentaba o documentales que llevaba para proyectar, me permitió tener una primera aproximación a lo que se ha dado en llamar la antropología en colaboración. Aunque no fue el método que guió este análisis, ya que inicié este Taller pocas semanas antes de terminar con mi trabajo de campo, me permitió considerarla como una perspectiva interesante para futuros análisis.

Lo que siempre estuvo presente en la investigación fue la consideración de que los actores construyen el sentido de sus experiencias en el mundo y ese sentido está marcado por

la inserción en un contexto mayor que es sociocultural, histórico y político- económico. Por lo tanto, la comprensión de las experiencias de los actores deben ser fundadas en la interacción dialógica entre el investigador y los “otros” y la posterior organización de los datos construidos en el campo. Ya que *la investigación antropológica, si bien implica la generación de una distancia, se desarrolla en la no- separación de la comunicación ordinaria* (Althabe, 1999: 62)

El último día que participé del grupo terapéutico, todos los integrantes se me acercaron para saludarme con un beso, desearme suerte, “ojalá te saques un 10” me dijo José. Al otro día me verían como coordinadora del Taller de Producción Documental, sin embargo, claramente, ellos diferenciaban mi rol en este espacio. El antropólogo, con *su sola presencia, su atención y su comportamiento inciden en el medio observado. Lo deseable no es que esta incidencia no exista, porque existe, sino que sea reconocida, caracterizada e incorporada como condición de la investigación y el conocimiento social* (Guber, 2005: 253). El grupo reconoció que estaba finalizando mi trabajo de investigación.

Este es el aspecto metodológico de un esfuerzo por relacionar y explicar las experiencias dentro de la Institución a partir de una teoría conscientemente seleccionada. Prácticas que representan *una manera de pensar investida de una manera de actuar, un arte de combinar indisociable de un arte de utilizar* (De Certeau, 2007: XLV), es decir, en un análisis que pretende superar la dicotomía entre prácticas y representaciones para alcanzar una comprensión dialógica de la relación entre formas de ser y hacer desde la experiencia. *Estas “maneras de hacer” constituyen las mil prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural* (De Certeau, 2007: XLIV). Por todo lo anterior, coincido con Guber que el *estar allí es, pues, condición necesaria pero no suficiente para desentrañar distintas racionalidades. El enfoque teórico hace la otra parte* (2005: 197)

## **Conclusión**

Hemos visto cómo el campo se va presentando al antropólogo, exigiendo al mismo diseñar estrategias diferentes para acceder a espacios diversos de trabajo y de esta manera producir conocimiento.

La Colonia Penal y el Centro de Día, espacios que contienen y se encargan del *tratamiento* de poblaciones estigmatizadas de nuestra sociedad – lo que nos permitió realizar un trabajo en común - evidencian claramente esto, ya que las técnicas y estrategias para desentrañar lo acontecido en el campo han sido diferentes. Por un lado, en la Colonia Penal

las entrevistas abiertas y en profundidad sirvieron para darle voz a esos “otros” – los detenidos – y en el Centro de Día la observación participante fue una de las herramientas más valiosas que posibilitó la recolección de datos etnográficos para el posterior análisis.

No obstante y respetando las particularidades que presenta cada uno de estos campos, llegamos a la conclusión de que la integración de trabajo con “grupos focales” como técnica utilizada en ambos lugares ha sido favorable y esencial en estas dos investigaciones ya que permitieron abrir espacios de discusión y reflexión que enriquecieron el trabajo al reunir en un mismo espacio personas diferentes cavilando sobre mismas experiencias. Por este motivo, sostenemos que este tipo de técnica de trabajo que implica la *participación direccionada* por parte del investigador, es efectiva para describir las experiencias de estos grupos sociales y que juntamente al método etnográfico nos permiten comprender sus realidades en forma compleja.

---

<sup>i</sup> Término nativo, proveniente de la medicina, que implica que el paciente ha alcanzado un *equilibrio* y no es invadido constantemente por pensamientos psicóticos que le impidan funcionar en las relaciones sociales.

<sup>ii</sup> Clasificación interna de la población de pacientes de la que daré cuenta en el próximo capítulo.

<sup>iii</sup> Son las indicaciones que dan los terapeutas a los pacientes con el objetivo de “mejorar” algún aspecto de sus vidas. En el capítulo 3 realizo un pequeño análisis de esta categoría nativa.

<sup>iv</sup> Una psicoterapia de grupo.

## **Bibliografía**

- Althabe, Gérard  
1999. “Lo microsocioal y la investigación antropológica de campo” *Antropología del presente*. Althabe y Schuster Comp. Buenos Aires, Eudeba.
- Berreman, Gerald  
1962. “Detrás de muchas máscaras” *Society for applied Anthropology, Monograph n°4*  
(Traducción: Victoria Casabona)
- Bourdieu, Pierre  
2007. *El sentido práctico*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.

---

1985. “Espacio social y génesis de las ‘clases’ ” (tr. R. Bein, M. Sztrum), *Espacios*, Buenos Aires, 2, agosto de 1985, pp. 24-35.

- Bourdieu, Pierre y Louis Wacquant  
1995. “La práctica de la antropología reflexiva” *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo.
- Clifford, James  
1991 “Sobre la autoridad etnográfica” *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Reynoso Comp. Barcelona, Gedisa.
- De Certeau, Michel  
2007. *La invención de lo cotidiano. Artes de Hacer*. México, Universidad Iberoamericana. Instituto tecnológico y de estudios superiores de occidente.
- Douglas, Mary.  
1996. *Como piensan las instituciones*. Madrid, Alianza Editorial S.A.
- Geertz, Clifford  
2005. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.  
1994. “Desde el punto de vista del nativo: sobre la naturaleza del conocimiento antropológico”. *Conocimiento Local*. Barcelona, Paidós.  
1989. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós.
- Ginsburg, Faye  
1998. “Cuando los nativos son nuestros vecinos” *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Boivín, Rosato y Arrivas (comp.) Buenos Aires, Eudeba.
- Guber, Rosana  
2005. *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. 1ª ed. 1ª reimpresión. Buenos Aires, Paidós.
- Hall, Edward T.  
1997. *La Dimensión Oculta*. México, Siglo XXI.
- Hemmersley, Martín y Paul Atkinson  
1994. “¿Qué es la etnografía?”. *Etnografía*. Barcelona, Paidós.
- Schutz, A.  
1974. *El problema de la realidad social* Capítulo 1. Buenos Aires, Amorrortu Editores.